

margo, glantz

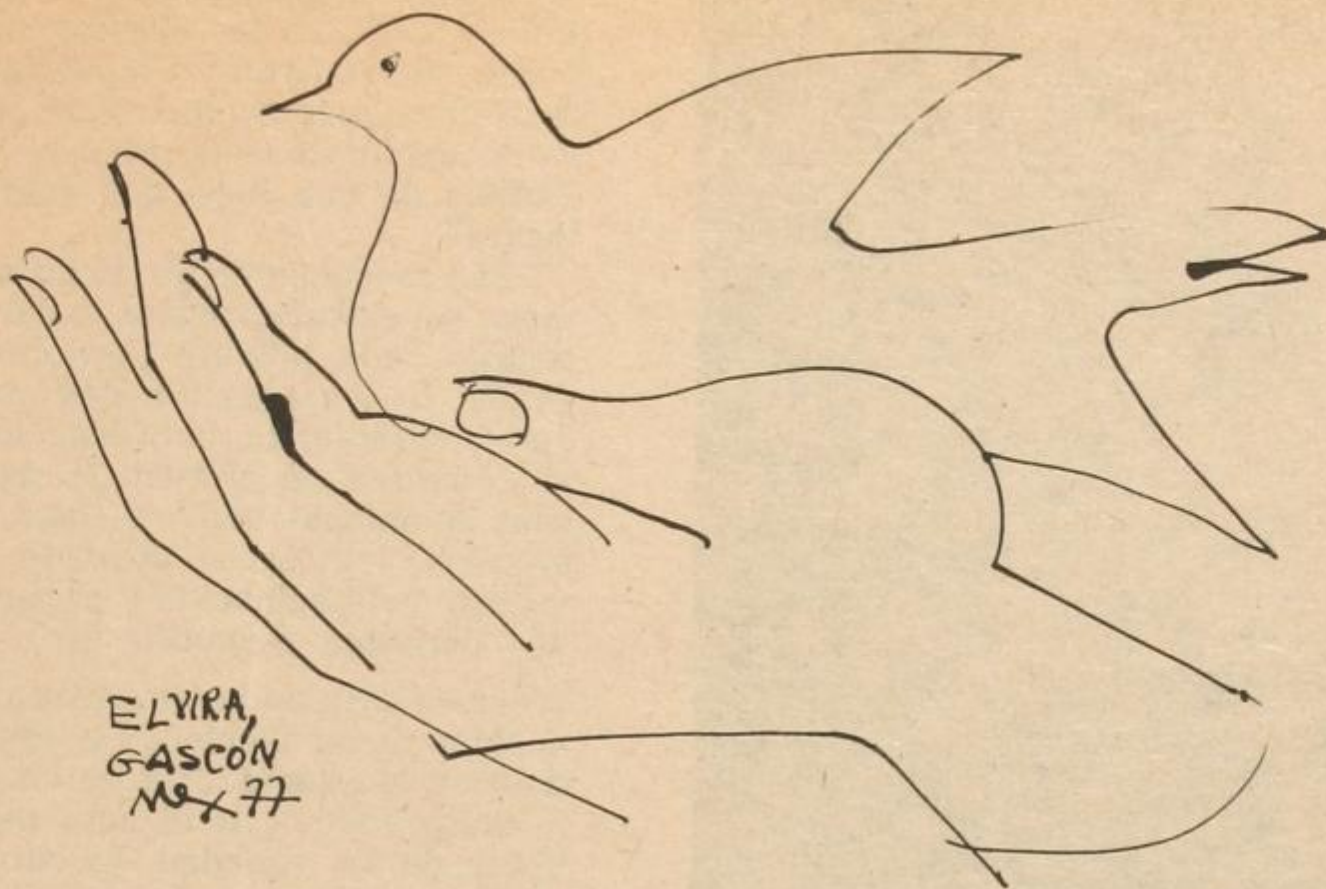
el sexismo de un puritano libertino

Donaciano Alfonso Francisco nació el 2 de junio de 1740 y fue hijo del poderoso señor Juan Bautista Francisco, Conde de Sade y de la Dama Eleonora de Maillé, Marquesa de Carman. El famosísimo y divino marqués fue descendiente también de otra figura literaria, la idolatrada y famosa Laura que pasea implacable y distante por los sonetos de su enamorado Petrarca. El marqués de Sade, el divino, pero también horrible, es un gran señor de la Provenza, de esa Provenza que infectó al mundo con su pérfida y delicada poesía cortesana, esa poesía donde la Dama sonríe, lejana y condescendiente, mientras un adorador, arrodillado a sus pies, recita versos contradictorios y tristes, esperando recibir de ella una mirada, o quizás, un beso en la frente. De esa progenie poética, de esa tradición intangible, desciende el grande y adorable marqués, inserto en su fatídica utopía, la del sexo.

Sade es, como la mayoría de sus contemporáneos, un libertino. Este libertinaje lo recluye durante varios años en prisión. En ella, Sade le escribe a su mujer, una noche de febrero de 1779, refiriéndose al libro que su tío, el abate de Sade, viejo libertino, ha escrito sobre Petrarca y Laura:

“Mi única consolación aquí es Petrarca. Lo leo con delicia, con una pasión que sólo reservo para él. Pero lo leo como Madame de Sevigné leía las cartas de su hija. . . ¡Qué libro tan bien escrito! Laura me enloquece; estoy como niño, leo sobre ella todo el día y sueño con ella durante la noche. Escucha lo que soñé ayer, al tiempo que el universo todo estaba entregado al placer:

Era cerca de la medianoche. Acababa de quedarme dormido con estos escritos biográficos al lado. De repente se me apareció. . . ¡Podía verla! El horror de la tumba no había alterado la brillantez de su rostro y sus ojos conservaban el fuego que canta Petrarca en sus sonetos. Estaba totalmente amortajada en muselina negra y su hermoso pelo flotaba alrededor suyo. Como si tratase de volverla aún más bella, el amor dulcificaba la forma esencialmente grotesca con que había aparecido ante mí. ‘¿Por qué te quejas en esta tierra?’ me preguntó. ‘Ven conmigo, las enfermedades ya no existen, ni las preocupaciones, ni los problemas en el vasto dominio en el que vivo. Ten valor y sígueme allí’ Al decir ella esto, yo me arrojé a sus pies y me dirigí a ella llamándola ‘mi madre’ y los sollozos me embargaron. Me dio su mano y yo la cubrí con mis lágrimas y luego ella también em-



pezó a llorar y dijo: 'Cuando yo vivía en ese mundo que ahora odias, tenía la costumbre de mirar hacia el futuro, contemplando a mis descendientes hasta llegar a tí, pero en mi sueño no te veía yo tan desdichado' Entonces desbordado totalmente por mi desesperación y por mi afecto, puse mis manos alrededor de su cuello para conservarla a mi lado o para seguirla y bañarla con mis lágrimas. Pero el fantasma desapareció. Sólo quedó mi pena.

O voi che travagliate, ecco il cammino
Venite a me se'l passo altri no serra.
Petrarca, Soneto LIX".

Y con este verso del amante de su antecesora, Sade cierra el sueño. No comentaré la carta; agregaré tan sólo otra de agosto de 1781, también dirigida a su mujer, después de que ésta lo visita en prisión, vestida y peinada como para ir a la Corte; su mujer que lo sigue devota y complaciente a sus prisiones:

"¿Qué sentido tiene la excusa; 'Si sólo hubiérais visto a las demás?' Las otras no tienen a sus maridos en la cárcel, y si los tienen y se comportan así, son apenas mujercuelas que merecen insultos y desprecio. Decídme ¿Iráis vestida así al servicio religioso de las Pascuas,

como una actriz vulgar o como mujer vendiendo baratijas en la feria? Repito ¿lo haríais? Pues debéis reflexionar de la misma manera; la pena y la aflicción debieran producir en este caso lo que la piedad y el respeto por la Deidad debieran producir en el otro. ¿Podéis negar que existen, por más extravagante que sea la moda, estilos que convienen a una mujer de sesenta años? Imitádos entonces, por lejos que estéis de esos años. Recordad que mi desgracia nos convierte en seres de esa edad, y aunque no la tengamos, en conducta y en vestido no podemos seguir otra vía. Si sois una mujer decente, es a mí la única persona a la que tenéis que agradar y ciertamente no podréis agradarme si no actúais con la máxima circunspección y la más perfecta modestia... Insisto en que vengáis a verme con lo que vosotros, mujeres, llamáis bata de casa, con un tocado que sea como un bonete, muy grande, con un peinado muy sencillo, es decir, con el pelo peinado simplemente. No quiero ni la más mínima huella de rizos falsos, ni de trenzas, ni de tirabuzones, ni curvas exageradas, ni vuestro pecho debe estar descubierto como el otro día y adornado con exageración; además, os ruego que el color de vuestro traje



sea lo más oscuro posible. Os juro por lo más sagrado que hay en el mundo que mi cólera será tan terrible en caso de que os apartéis lo más mínimo de lo dicho que el escándalo provocado será intolerable”.

Este tono digno de un abate o de los muchos obispos de la familia, cuyas costumbres tampoco fueron muy morales, es mantenido nada menos que por el seductor de su cuñada, hermana, obviamente, de su mujer, y causa principal de su prisión, gracias a los buenos oficios de su suegra. Madame de Sade, siempre complaciente, abnegada y servicial, aceptó participar con su esposo en

las orgías organizadas en el Castillo de La Coste entre 1774 y 1777, en las que los lacayos y unas muchachas traídas desde Lyon y Vienne fueron los principales actores. En el proceso instruido contra el Marqués, las jóvenes declararon que Madame de Sade fue “la primera víctima de una furia que sólo podría entenderse como locura”

Ese reconocimiento dichoso podría coronar esta historia; sin embargo textos como los citados sacan de contexto a Sade, hombre contradictorio y víctima de su leyenda. La imaginación deslumbrante por la desmesura que la caracteriza, la ordenación rigurosa del placer que se convierte en crimen, la necesidad utópica de crear islas libertinas donde se construya el aislamiento que lo propicia, indican la creación de un sistema donde el exceso de imaginación y el rigor como hecho paradójico nos permiten descubrir otro concepto de hombre. Es-

cribir es para Sade (encerrado largos años en una celda, el signo de su libertad, y al librarse por la escritura, hundido en la imaginación de los placeres, sólo imaginados y exacerbados por el acto mismo de escribir, Sade se libera de su sociedad. La situación real de Sade es el encierro: Sade se encerraba para el placer; su castillo de La Coste fue teatro hermético de sus libertinajes; el calabozo que lo escinde de ellos es el teatro hermético de sus imaginaciones libertinas, pero en ese contexto que presupone una prohibición deducida del confinamiento, se ejerce una transgresión: La ceremonia propiciatoria que el universo de Sade exige para realizar su liturgia, tanto cuando era libre y cumplía sus ritos libertinos en actos, como cuando estuvo encarcelado y los cumplió en la palabra escrita, limita su libertad en el encierro para mejor trascenderlo y al trascenderlo llegar a lo ilimitado, ilimitación que sólo se explica por un rompimiento de la moral común. Más si el rompimiento se enfrenta a una realidad vivida en el encierro, confirmando, Sade reacciona, vuelve a lo establecido y delimita su sexualidad en el lecho de Procusto del sexismo. Las cartas presentadas como testimonio así lo prueban mostrándonos primero al hombre que sucumbe ante el arquetipo de la Dama, mujer-objeto, inalcanzable, fugaz, ser onírico, para luego recrear el otro arquetipo, el de la mujer poseída, que se ajusta a una doble moralidad a la que su amo, el poseedor de su cuerpo, la constriñe, ratificando la ausencia de libertad que esta doble moralidad ejerce con su poder de alienación incapacitando a la mujer para detentar su propio cuerpo: Es cuerpo ensañado o cuerpo demasiado real, pero en esa dicotomía, la realidad se le escapa y la libertad se aprisiona.